

DOMINGO DE CUASIMODO.

Este Domingo, tan privilegiado en la Iglesia, es propiamente el fin de la famosa octava de Pascua, la cual no era sino una fiesta que duraba ocho dias. Observábanse principalmente estos siete dias de fiesta en favor de los Neófitos, ó nuevamente bautizados, á fin de fortalecerlos con socorros espirituales, dice San Crisóstomo, contra todos los combates que tendrian que sostener despues del bautismo; no haciéndonos jamas el demonio mas cruda guerra, que cuando nos ve enriquecidos con los mayores dones del cielo. Por estos motivos hay Evangelios y Misas propias para cada uno de estos siete dias, á fin de poder predicar tambien todos los dias. San Agustin dice, que esta octava de fiesta estaba establecida no solo para solemnizar la fiesta de la Resurreccion, sino tambien para fortificar así el nuevo nacimiento de los que habian sido reengendrados, como su infancia espiritual; para esto se les hacia comulgar todos los ocho dias, y en cada uno de ellos, se les hacia una nueva instruccion ó plática espiritual. La costumbre de no conferir el bautismo sino en la Pascua de Resurreccion y en la de Pentecostés, cesó hácia el siglo trece, y desde entónces el número de los siete dias de fiesta, se ha reducido á tres.

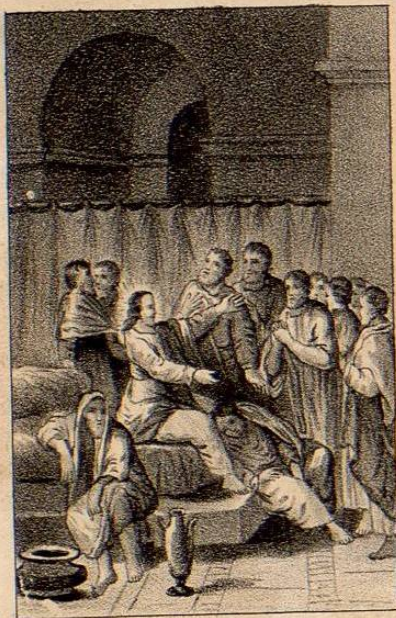
Los Griegos llaman á este Domingo, el Domingo nuevo, con relacion á todos los que han sido reengendrados, por ser la primera vez en que los Neófitos, habiéndose quitado el vestido blanco, comparecen en la Iglesia en el traje ordinario como los demás fieles. Mas entre los latinos tiene diversos nombres este Domingo. En los mas antiguos sacramentarios, se llama la *octava de Pascua*; y es mirado como el término, no solo de esta famosa octava, la mas solemne de la Iglesia, sino tambien como el fin de los quince dias de Pascua, que empezaban el Domingo de Ramos, y de los que esté Domingo es como el sello. De aquí vino el nombre de *Pascua Cerrada*. El dia de hoy el nombre mas comun y mas usado, es el de Domingo de Cuasimodo, el que se tomó de la primera palabra del introito de la Misa de este dia. Finalmente, entre los eclesiásticos se llama la *Domínica in Albis*; quiere decir, el Domingo que se sigue á la semana en que los Neófitos llevaban el vestido blanco, en señal de la inocencia que habian recibido en el Bautismo.



Domingo in albis.



Domingo segundo despues de Pascua.



Domingo tercero despues de Pascua.-Domingo cuarto despues de Pascua.



Tambien en este dia, y principalmente en Roma, distribuian los diáconos á los fieles los Agnus Dei de cera, que el Papa habia bendecido solemnemente, como se dijo en otra parte, y que habia empezado á repartir la vigilia, entre el Agnus Dei y la comunión. En todos tiempos ha dado Dios á estas medallas de cera una especial virtud sobre los espíritus malignos, contra las injurias del aire y las enfermedades contagiosas: esta eficacia se la imprime la bendición particular del sumo Pontífice; y así están en una singular veneración entre todos los verdaderos fieles, en todas las naciones del mundo.

El introito de la Misa se tomó de la primera carta del apóstol San Pedro, donde dice: „Como si fuérais unos niños acabados de nacer, sean vuestros primeros gritos voces de alabanza al Señor, y acciones de gracia á este Padre de las misericordias, por los insignes beneficios de que os ha llenado.” Los Neófitos son propiamente á quienes la Iglesia dirige estas palabras, las cuales son una especie de exhortación que les hace. Desead ardientemente la leche pura de la sabiduría, y no ceséis de prorrumpir en cánticos de alabanzas y de bendiciones hácia un Dios que del fondo de las tinieblas os ha llamado á su admirable luz, á los que en otro tiempo no érais el pueblo de Dios, y lo sois ahora. Desead con ansia la doctrina sana y pura del Evangelio. En estas palabras les dice á los que habiendo nacido por el Bautismo, ocho dias habia que necesitaban ser alimentados con leche, pero con una leche pura y sin mezcla. Por esta leche pura entienden algunos santos Padres la Eucaristía, que es efectivamente la leche de los débiles, y el alimento sólido de los fuertes; y así durante esta octava, se daba todos los dias á los nuevamente bautizados. Tened hambre de este alimento, para que con esta leche crezcáis, como dice el apóstol, hasta llegar á la salvación.

La Epístola de este dia es de la primera carta de San Juan, donde advierte este apóstol que los que han nacido de Dios, vencen al mundo, y que esta victoria es efecto de la fé que tenemos en Jesucristo, los verdaderos cristianos hijos adoptivos de Dios por el bautismo, son vencedores del mundo y del imperio que el demonio se habia fabricado en él. Hasta la muerte de Jesucristo, el demonio, valido de la desgracia en que el hombre habia incurrido por el pecado, habia tomado un imperio casi absoluto sobre él, haciéndose levantar altares, quemar incienso, ofrecer vo-

tos, y hacer reinar en todas partes sus tiránicas leyes, y sus perniciosas máximas. De aquí aquellos templos, aquellos ídolos, aquellos sacrificios impíos, aquel torrente de idolatría que habia inundado todo el Universo: la nación judaica era la única que por una singular predilección de Dios habia sido esenta del contagio general; pero apenas hubo siglo en que esta nación no fuese tocada tambien del contagio. Aunque Jesucristo con su muerte habia vencido á este fuerte armado, y triunfado de todas las potestades y de todos los príncipes de este mundo, de este lugar de tinieblas. Sin embargo, el mundo, acostumbrado á vivir bajo el dominio de este tirano, habia tenido sus máximas y su espíritu. Por este motivo, aunque la religion cristiana haya purgado el mundo del paganismo, los cristianos han tenido siempre que combatir contra el espíritu y las máximas que se han atrincherado en el corazón de los mismos mundanos. Pero los verdaderos hijos de Dios han conseguido y consiguen aún todos los dias la victoria sobre este mundo perverso; y esta victoria, que nos hace triunfar de sus perniciosas máximas, es nuestra verdadera fé y creencia en los misterios de la verdadera religion. El mundo inspira el amor al deleite, las riquezas, las honras vanas, las comodidades de la vida; pero la fé por el contrario, nos inspira sentimientos enteramente opuestos á los del mundo. Esta moral, aunque opuesta á los sentidos é inclinaciones de la carne y á las máximas del mundo, ha triunfado de todas las preocupaciones, á pesar de su antigua posesion y de su prescripción. Los hombres mas altivos y mas sensuales, se han rendido á la doctrina del Evangelio: los sábios, grandes y secuaces del mundo todo, todos han doblado la cerviz y se han sometido al yugo de Jesucristo, debiendo su victoria á la fé animada de la caridad. ¿Quién es el que vence al mundo, continúa el apóstol, sino el que cree que Jesucristo es Hijo de Dios? Ciertos pretendidos sábios del paganismo, ciertos espíritus fuertes se han lisonjeado y aun han llegado á hacer ostención de haber menospreciado al mundo; pero si se ha de decir la verdad, han sido unos esclavos del mundo: sola la fé de los cristianos ha podido subyugarla. Se han visto gentes fuera de la Iglesia, que han podido despreciar las honras y las riquezas: ¿pero las ha habido que hayan tenido valor para perdonar las injurias, que hayan llevado la caridad hasta amar con ternura á sus mortales enemigos? Notad, que el apóstol no dice simplemente que la fé ha consegui-

do esta victoria. El herege podria lisonjearse tener parte en esta victoria; lo que dice es, que es la fé que tenian los apóstoles y los primeros fieles, y que no se encuentra sino en la Iglesia Romana: sola la fé de los católicos, es la fé de los apóstoles y de los primeros cristianos.

El mismo Jesucristo, dice el apóstol, es el que vino con el agua y la sangre: lo que prueba que es no menos verdadero hombre que verdadero Dios. Juan Bautista no vino sino con el agua esto es, con el solo bautismo de agua; y así su bautismo no quitaba el pecado del mundo; pero Jesucristo vino no con el agua sola, sino con el agua de su bautismo, y con la sangre de su pasion, la que dió á su bautismo de agua toda su eficacia para la remision de los pecados. El designio del apóstol en esta Epístola, es demostrar que Jesucristo nuestro Salvador es á un mismo tiempo verdadero Dios y verdadero hombre. Y que así como el Padre, el Verbo, y Espíritu Santo, que no son entre sí sino una misma cosa, dan en el cielo testimonio de la divinidad del Salvador del mundo; á este modo tres cosas sobre la tierra, es á saber, el espíritu, el agua, y la sangre, dan testimonio de que Jesucristo es tan verdadero hombre como verdadero Dios. Este espíritu es, el espíritu de Jesucristo que nos vivifica; esta agua es, el agua del bautismo, que nos purifica; esta sangre es, la sangre del Redentor, que espía nuestros pecados y nos reconcilia con Dios. Y estas tres cosas no son sino una, quiere decir, que son la misma persona y el mismo hombre, esto es, Jesucristo nuestro Señor. El testimonio de Dios es mucho mayor y mas auténtico que el de los hombres: ¿con cuánta mas razon se debe dar crédito al testimonio que el mismo Dios dió públicamente de su Hijo á la ribera del Jordan en su bautismo, sobre el monte Tabor en su transfiguracion, y en el templo despues de su solemne entrada en la ciudad de Jerusalem? Tambien Jesucristo se dió á sí mismo este glorioso testimonio, en muchas ocasiones, y sobre todo delante de Caifás y de Pilato: finalmente, el Espíritu Santo lo dió visiblemente, dejándose ver sobre él en figura de paloma y bajando sensiblemente en forma de lenguas de fuego sobre los apóstoles, haciéndoles publicar en diversas lenguas, y probar con milagros la divinidad de Jesucristo. De donde concluye el apóstol que el que cree en el hijo de Dios, y el que cree que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, no puede errar, pues tiene en sí el testimonio del mismo Dios. Todo

esto se puede referir al estado de los nuevamente bautizados, pues habiendo recibido el bautismo del agua, de la sangre, y del Espíritu Santo, han nacido de Dios por esta regeneracion, y se han hecho vencedores del mundo; el cual, junto con Satanás, es el enemigo con quien han tenido que combatir y de que han triunfado por la fé.

El Evangelio de la Misa de este dia, contiene la historia de una aparicion de Jesucristo resucitado, sucedida precisamente ocho dias despues de su Resurreccion. Segun parece la hizo principalmente en favor de Santo Tomás, que era el único de los apóstoles que todavía no lo habia visto resucitado, no habiéndose encontrado con ellos las varias veces que se les apareció.

San Crisóstomo es de dictámen, que habiendo huido los apóstoles cuando el Salvador fué preso en el Huerto, se iban juntando unos despues de otros, conforme iban volviendo del susto y del terror. Tomás no habia vuelto todavía la tarde del dia de la resurreccion, al tiempo que el Salvador se apareció á toda la junta estando cerradas las puertas; á su vuelta, aunque le contaron todo lo que habia pasado en su ausencia, las circunstancias de la resurreccion de Jesucristo, su aparicion á la Magdalena, á las otras mugeres, á Pedro, á los dos discípulos que iban á Emaús, y en fin, á todos los hermanos juntos aquella misma tarde. Tomás no quiso rendirse á tantos testimonios, aunque tampoco sospechosos, dijo que no se atendria en este particular, sino á su propia esperiencia, y que á menos que viese con sus ojos y tocase con sus manos el cuerpo de su divino Maestro, no creeria que habia resucitado; y aun añadió que no se contentaria con ver en sus manos la señal de los clavos que las habian taladrado; que queria meter tambien el dedo en el agujero que habian hecho los clavos, y la mano en la herida del costado. Permitted Dios esta criminal terquedad en un apóstol, por otra parte, tan adicto á la persona del Salvador, y que habia protestado estar pronto á dar su vida por la gloria de su buen Maestro, para que sirviese de nueva prueba á la verdad de su resurreccion. La incredulidad de Tomás, dicen los padres, no contribuyó poco á la fé de los fieles. Un hombre de este carácter, no estaba ciertamente dispuesto á creer ligeramente. La infidelidad de Santo Tomás nos fué mas ventajosa que la simple fé de los otros apóstoles, dice San Gregorio, porque no queriendo creer sino despues de haber visto y tocado, afirmó nuestra fé y desterró de nuestro espíritu hasta las menores dudas.

Quiso Jesus tener esta condescendencia con un discípulo, al que meditaba curar de su incredulidad. Concedióle lo que casi siempre les habia negado á los fariseos y á los judíos, cuando le pedian ciertas pruebas de su mision, las que no juzgó á propósito concederles. Puede atribuirse esta diferencia de conducta, á la diferente disposicion de los corazones. Los fariseos aborrecian á Jesucristo y no querian que fuese lo que ya tantas veces y con tanta evidencia les habia probado que era: por otra parte, no le pedian nuevas pruebas de lo que era, sino para combatirlos; pero Santo Tomás, en una situacion de entendimiento y de corazon enteramente contraria, amaba en el fondo á su Salvador: deseaba apasionadamente su resurreccion y su gloria, y este gran deseo era quien le impedia el creerla, á menos que se asegurase de ella por medio de alguna cosa sensible. Un deseo vehemente de que suceda una cosa que se desea con ansia, hace que tal vez no se quiera creer á los que nos dicen que ha sucedido: tal era quizá la incredulidad del apóstol; sin embargo, esto no podia justificar su incredulidad; y así se vió que Jesucristo lo reprehendió, aunque con palabras llenas de suavidad y de ternura, despues de haberle otorgado por otra par te todas las pruebas que pedia de su resurreccion.

Sucedió esto ocho dias despues de la Pascua, es á saber, el Domingo siguiente, que era el primer dia de la semana. Estando juntos los discípulos, y cerradas las puertas de miedo que los judíos viniesen á insultarlos, y estando Tomás con ellos, se apareció repentinamente Jesus en medio de ellos, y les dijo: La paz sea con vosotros: este era el modo ordinario que tenia de saludarlos. Fué general el gozo; pero Tomás quedó sorprendido, cuando este divino Salvador, que venia principalmente para volver al rebaño la oveja descarriada, encarándose con él, le dijo: tú no quieres creer que he resucitado, si no metes tu mano en mis cicatrices; quiero que te convenzas de la verdad de mi resurreccion, por el testimonio de tus ojos y de tus manos, y que céses de ser incrédulo. Mira en mis piés y en mis manos, los agujeros que hicieron los clavos; y si no te fias de tus ojos, mete en ellos tu dedo, alarga tambien la mano y métela en mi costado, y no quieras ya ser incrédulo, sino fiel. No puede dudarse que Tomás meteria la mano en las llagas del Salvador. Quiso Jesucristo hacer tocar su cuerpo á este discípulo, á fin de convencerlo de una manera sensible, y para dar á todos los fieles una prueba incontestable de su resurreccion. Santo

Tomás, confuso de su terquedad y penetrado del mas vivo dolor y de la mas perfecta contricion de su culpa, se postra á los piés del Salvador, y animado de una fé viva, esclama: Conozco y confieso, divino Maestro mio, que vos sois verdaderamente mi Señor y mi Dios. El Salvador, contento y alegre con la vuelta de esta oveja descarriada, lo reprende á la verdad, pero como buen pastor y como padre. Porque me has visto, le dice con un aire sereno y con un tono de voz lleno de suavidad y que alentaba su confianza: porque me has visto has creído; pero sábete que serán bienaventurados los que no habiéndome visto no dejarán por eso de creer. Santo Tomás creyó con una fé divina; creyó aun mas de lo que veia, pues creyó la divinidad de Jesucristo, que no caia bajo los sentidos; esta es la confesion mas espresa de la divinidad de Jesucristo que hay en el Evangelio. Pero el Salvador le quiso dar á entender que su fé hubiera sido mas perfecta, si sin aguardar prueba alguna sensible, se hubiera desde luego atendido á la palabra de Jesucristo, y á lo que le habia dicho tantas veces de su resurreccion y de su divinidad, durante su vida mortal. ¿De cuánto consuelo es este oráculo para los fieles? Nosotros somos señalados aquí particularmente por el Salvador, dice San Gregorio; nosotros que no habiéndolo visto en su carne mortal, lo contemplamos solamente con los ojos del espíritu y lo conservamos invisiblemente en nuestro corazon; esto se entiende, si nuestras obras están de acuerdo con nuestra fé, porque hacer profesion de conocer á Dios y negarlo con las obras, es no ser fiel sino de nombre.

Acaba San Juan la historia de esta aparicion, diciendo: que el Salvador hizo todavia en presencia de sus discípulos, muchos milagros que no están escritos en este libro; y que estos se escribieron para que creais que Jesus es el Cristo Hijo de Dios, y para que creyendo en él tengais la vida en su nombre. En efecto, no hay salvacion en otro, porque debajo del cielo no se ha dado á los hombres otro nombre, en virtud del cual debamos salvarnos. Es como si dijera, que entre todas las apariciones con que Jesucristo quiso asegurar á sus discípulos de la verdad de su resurreccion, no quiso el Santo Evangelista referir sino las que le parecieron suficientes para convencer á los fieles, de que Jesucristo es el Hijo de Dios y el Salvador de los hombres. Las otras apariciones bastante frecuentes, que hubo hasta el dia de su gloriosa Ascension, todas tuvieron por fin, algun otro motivo que el de probar su triun-

fante resurreccion, unas fueron para establecer á Pedro por su vicario y por cabeza de la Iglesia; otras para instruir á los discípulos en los misterios y otros puntos de la religion.

La Epistola es del cap. V de la primera del apóstol San Juan.

Carísimos: Todo hijo de Dios vence al mundo; y lo que nos hace alcanzar victoria sobre el mundo, es nuestra fé. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesus es el Hijo de Dios? Jesucristo es el que vino á lavar nuestros pecados con agua y sangre: no con el agua solamente, sino con el agua y con la sangre. Y el espíritu es el que testifica que Cristo es la verdad. Porque tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa. Y tres son los que dan testimonio en la tierra, el espíritu, y el agua y la sangre; y estos tres son una misma cosa. Si admitimos el testimonio de los hombres, de mayor autoridad es el testimonio de Dios. Ahora bien, Dios cuyo testimonio es el mayor, es el que ha dado de su Hijo este testimonio. El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio de Dios consigo.

El Evangelio es del capítulo XX de San Juan.

En aquel tiempo: El dia primero de la semana, siendo ya muy tarde, y estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban reunidos los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesus, y apareciéndose en medio de ellos, les dijo: La paz sea con vosotros. Dicho esto, mostróles las manos y el costado. Llenáronse de gozo los discípulos con la vista del Señor. El cual les repitió: la paz sea con vosotros. Como mi Padre me envió, así os envío yo tambien á vosotros. Dichas estas palabras, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. Quedan perdonados los pecados á aquellos á quienes los perdonáreis; y quedan retenidos á los que se los retuviéreis. Tomás, empero, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesus. Dijéronle pues los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Mas él les respondió. Si yo no veo en sus manos la hendidura de los clavos, y no meto mi dedo en el agujero que en ellas hicieron, y mi mano en su costado, no lo creeré. Ocho dias despues estaban otra vez los discípulos en el mismo lugar, y Tomás con ellos. Vino Jesus estando cerra-

das las puertas; y púsoseles en medio, y dijo: La paz sea con vosotros. Despues dice á Tomás: Mete aquí tu dedo, y registra mis manos; y trae tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás, y le dijo: ¡Señor mio, y Dios mio! Díjole Jesus: Tú has creído, ó Tomás, porque me has visto; bienaventurados aquellos que sin haberme visto han creído. Muchos otros milagros hizo tambien Jesus en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Pero estos se han escrito con el fin de que creais que Jesus es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengais vida eterna en virtud de su nombre.

MEDITACION.

De la fé.

Considera que el justo vive de la fé: sin la fé no hay verdadera justicia: por la fé vive el justo en esta vida, y merecerá vivir eternamente en la otra. La ley es santa: la observancia de la ley es indispensable; pero no hay virtud, no hay mérito alguno sin la fé. Abraham creyó la palabra de Dios, dice San Pablo, y su fé le fué imputada para la justicia. Creyó que tendria un hijo aunque su avanzada edad y la de su muger Sara le representase esta promesa naturalmente imposible. Creyó que este hijo tendria una larga posteridad, aun cuando estaba pronto á inmolarlo, segun el orden que Dios le habia dado, de que se lo ofreciera en sacrificio: en lo cual esperó contra toda esperanza. Dios ha querido que la fé fuese como el alma del justo, y que nadie pudiese agradar á Dios sin la fé. La fé es el fundamento de las cosas que tenemos que esperar, y el convencimiento de las que no vemos. La fé humilla el espíritu del hombre; y en este sacrificio de la razon humillada y como aniquilada, consiste la esencia y el mérito de la fé. Si éste sacrificio nos parece difícil, reflexionemos que sin la fé no tiene la razon guia segura, ni las pasiones freno bastante fuerte para contenerlas. La fé no solo nos es necesaria para humillar nuestro espíritu: ninguna otra luz puede descubrirnos las verdades sobrenaturales, las cuales solas pueden hacernos felices. Podemos con las luces de la razon, conocer la existencia de un primero y soberano Ser; la existencia de Dios; pero solo por la fé podemos tener una idea menos imperfecta de este Ser infinito, y escuchar sus divinas órdenes.

Considera que la fé es una virtud del entendimiento; pero la poca fé es un vicio de la voluntad. Las infidelidades no están todas en solo el espíritu: las hay también en el corazón. El motivo porque no se cree, es porque no se quiere creer. Es verdad que es menester creer para amar á Dios; pero no es menos verdad que es menester amar á Dios para creer bien. No es la razón quien causa la incredulidad de los hombres; pues jamás se ha visto hombre de buen juicio, dudar de las cosas de la religión, á no ser que fuese de costumbres corrompidas. De aquí viene, que ningún herege se convierte de buena fé, sin que de antemano esté dispuesto á esta gracia por una vida arreglada é inocente; así como jamás se ha visto católico apóstata, que no fuese por otra parte muy mal cristiano. De aquí viene que la Iglesia nunca es abandonada sino por los hijos que la deshonran, y que ella misma debiera haber cortado y separado de su cuerpo místico á causa de la corrupción de sus costumbres. De aquí viene aquella aversión, aquel odio que todos los hereges han tenido siempre al Soberano Pontífice. No es ciertamente su elevación ni su superioridad lo que se ataca: lo que no se puede sufrir es el derecho, esta obligación que tiene de velar sobre las costumbres no menos que sobre la doctrina. Está ensalzado cuanto quisiere, con tal que nos pierda de vista; pero lo que inquieta á un corazón corrompido, lo que molesta á un hombre libertino, lo que pone de mal humor á una alma poco cristiana, es la cualidad importuna de censor universal y de juez de las costumbres de los cristianos, y sobre todo, de los ministros de la Iglesia; calidad indispensable del vicario de Jesucristo, como lo es de los obispos el serlo de sus ovejas particulares. Ved aquí lo que ha engrosado todos los cismas en todos los tiempos. Sean puras nuestras costumbres y tendremos indefectiblemente una fé viva.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Así es, Señor, que no os puede agradar un hombre de corazón corrompido y dañadas costumbres; y no agradándoos, no puede venir sobre él vuestra bendición paternal, que es la que fomenta y da todo incremento á las virtudes; luego si quiero tener una fé viva, necesariamente me he de arreglar en las costumbres. Así lo quiero, Dios mío, y os prometo poner mano á este negocio con el más decidido empeño y constancia, contando para ello con vuestro socorro.

JACULATORIA.

Ven, Espíritu Divino, llena los corazones de tus fieles.

LECCION.

Sobre los medios para resucitar verdaderamente.

Hoy, que es el último día de los tres en que se celebra la resurrección gloriosa de Jesús, hemos recopilado cuanto acerca de este misterio se ha dicho en los días anteriores; pues del mismo modo recopilamos en esta lección todo el fruto que debemos sacar de la pasión, muerte y resurrección del Salvador; para que verdaderamente resucitemos á la vida de la gracia y después á la gloria. Ya hemos visto que nuestra conversión debe ser sincera, permanente, y nuestra nueva vida animada de la caridad. Con tan buenas disposiciones acerquémonos al sacramento de la Penitencia, y á la sagrada mesa de la Eucaristía. Ya no somos lo que éramos antes. Vamos á ser unos hombres enteramente diversos de lo que fuimos. Hemos resucitado por la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo: debemos arrojar muy lejos de nosotros la antigua levadura de la culpa. ¡Oh, Dios mío! así lo prometo. No, jamás me separaré de tu sepulcro. Aunque pasen estos días de Pascua, yo siempre te tendré sepultado en mi corazón: allí contemplaré tus llagas, tus padecimientos y tu muerte. Continuamente te veré también salir resucitado, triunfando del demonio y del infierno. Tu resurrección será el ejemplar que me proponga imitar en la mía espiritual, y á cada momento me preguntaré á mí mismo: ¿Conque Jesucristo resucitó verdaderamente? ¿Conque las profecías, las figuras y las palabras de este Dios hombre se cumplieron para nuestra dicha? ¿Conque, en fin, el Señor de la vida que la había perdido voluntariamente, ha triunfado de la muerte? Con razón, pues, la gloria que parecía haberle abandonado en los misterios de su vida temporal, le acompañó en el de la resurrección y bajó con él al sepulcro, de donde salió glorioso é inmortal. ¡Qué motivo de gozo y de consuelo para nosotros, pues esta resurrección es el fundamento todo de nuestra esperanza! ¡Pero qué deberemos hacer para resucitar bien? Este es el objeto de esta lección, hacerte ver, lector católico, los medios que debes practicar para resucitar verdaderamente.

Sea lo primero, á ejemplo de Jesucristo, dejar en el sepulcro los despojos de la muerte, esto es, abandonar todo lo que te puede hacer recaer en el pecado: sea lo segundo, como el hijo de la viuda de Naim, hablar, esto es, confesarte como Dios manda; y lo tercero, comer como la hija del príncipe de la sinagoga, es decir, comulgar con la debida disposicion; tres medios para resucitar verdaderamente.

Sale Lázaro del sepulcro, y sale envuelto en una mortaja: ved aquí la triste imágen de muchos pecadores que se confiesan de sus pecados, pero que conservan lo que debian dejar, causa de que despues padezcan una segunda muerte. No resucita así Jesucristo, que debe ser el modelo de nuestra espiritual resurreccion; no sale del sepulcro con los piés y manos atadas como Lázaro: ¡la muerte se ase á su cuerpo; mas se desprende de ella con tanta facilidad, como José dejó su capa. Salgamos, pues, del sepulcro de nuestros crímenes; dejemos la esclavitud de nuestras pasiones, abandonemos en la sepultura fétida del pecado, todos los despojos de la muerte. No permita ya mas el avaro que sus manos estén ligadas con sus injusticias. No conserve mas el impúdico atados sus piés con el criminal apego á las criaturas: rómpanse todos esos lazos de la muerte: déjese al mundo, sus secuaces y todo lo que nos hizo morir en él: victoriosos de los placeres prohibidos, no llevemos con nosotros alguno de aquellos fatales despojos que nos pueden impedir el imitar á Jesucristo resucitado: dígase de nosotros lo que del Señor dijo el ángel á las Marías: *Resucitó, no está aquí.* Ese hombre que poco antes era tan desreglado, ya no está en el sepulcro; resucitó, está contrito, es penitente.

Cuando Jesus resucitó al hijo de la viuda de Naim, que llevaban á enterrar, deteniendo á los que le conducian, se acercó al féretro, y dijo al difunto: Levántate, que yo te lo mando: al punto se levantó y comenzó á hablar, y Jesucristo se lo entregó á su madre. Ved aquí el segundo medio que hay para resucitar bien, hablar. ¿Quereis resucitar á la vida de la gracia? Pues hablad, esto es, descubrid á los ministros de la Iglesia el fondo de vuestra conciencia sin ocultar cosa alguna. Es necesario hablar clara, distintamente y sin disimulo. ¡Cuidado con las confesiones hipócritas, porque éstas nos conducen á una irremediable condenacion!

SEGUNDO DOMINGO

DESPUES DE PASCUA.

Este Domingo se llama comunmente el Domingo del Buen Pastor, con relacion al asunto del Evangelio, que se lee en la Misa. Parece que la Iglesia se ha propuesto en la festividad de este dia, celebrar por decirlo así, ó á lo ménos honrar en particular la mansedumbre del Salvador del mundo. El Introito, la Epístola y el Evangelio, todo nos predica la bondad de este Padre de las misericordias, el ejemplo de mansedumbre de este divino Redentor, la caridad estremada de este buen Pastor para con sus ovejas, el que vino no solo á volverlas al redil, sino tambien á dar su vida por ellas. Aunque la mansedumbre es uno de los rasgos mas vivos del verdadero retrato del Salvador, y el que hizo como su virtud predilecta durante su vida mortal; puede decirse no obstante, que jamás pareció mas sensible que despues de su Resurreccion: en prueba de ello no es menester sino traer á la memoria sus diversas apariciones, sus instrucciones, sus reprensiones mismas, y todas sus palabras.

Aunque la solemnidad particular de la gran fiesta de Pascua se termina en su octava, es decir, en el Domingo de Cuasimodo, no sucede lo mismo con lo que se llama tiempo Pascual, el cual dura hasta el sábado de la octava de Pentecostés. En todo este tiempo el oficio es mas alegre, está lleno de aleluyas, no se arrodillan al rezar el oficio divino; y todo esto en memoria de la Resurreccion: tampoco se ayuna segun los cánones, y en muchas Iglesias no se dice sino un Nocturno en tres Salmos y tres lecciones, como en la semana de Pascua. San Ambrosio llama á todo el tiempo Pascual una octava de semanas, porque las siete semanas hacen cuarenta y nueve dias, y la octava semana es la de Pentecostés. Estos cincuenta dias se celebran como el Domingo; porque el oficio es en todo semejante al de los Domingos; y como no se ayuna en Domingo, y se ora á Dios en pié, dice Tertuliano: la Iglesia durante todo el tiempo Pascual, guarda todavía esta costumbre. En el segundo siglo de la Iglesia se miraba como una falta grave, como una especie de irreligion, ayunar el Santo dia de Domingo, el que siempre se ha mirado como la octava perpetua de la fiesta de la Resurreccion. Todo el tiempo que está con ellos el Esposo, de-